

**José Revueltas**

---

**Los motivos  
de Caín**



**Ediciones Era**

Yo hubiera querido denominar a toda mi obra *Los días terrenales*. A excepción tal vez de los cuentos, toda mi novelística se podría agrupar bajo el denominativo común de *Los días terrenales*, con sus diferentes nombres: *El luto humano*, *Los muros de agua*, etcétera. Y tal vez a la postre eso vaya a ser lo que resulte, en cuanto la obra esté terminada o la dé yo por cancelada y decida ya no volver a escribir novela o me muera y ya no pueda escribirla. Es prematuro hablar de eso, pero mi inclinación sería ésa y esto le recomendaría a la persona que de casualidad esté recopilando mi obra, que la recopile bajo el nombre de *Los días terrenales*.

(*José Revueltas: entre lúcidos y atormentados*, entrevista por Margarita García Flores, *Diorama de la Cultura, Excélsior*, 16 de abril de 1972.)

## NOTA PREVIA DEL AUTOR

Precisamente lo conocí en Tijuana. Tenía el mismo aire de haberlo perdido todo y de estar al otro lado de cualquier límite, con un terror lleno de sobresaltos ante la idea de que alguien lo descubriera bajo su disfraz de ser humano.

Había desertado de la guerra de Corea. Era Jack, pero se negaba a decir una palabra de todo aquello que le había ocurrido. A nadie debe importarle su nombre verdadero y yo mismo nunca lo supe, pero era Jack.

Acababa de salir del infierno y, sin embargo, aún no podía salir. Esto finalmente —la búsqueda de una salida— lo resolvió a decirme poco a poco las cosas, lento, con esfuerzo, con dolor. Nada sensacional ni tampoco para una novela: cosas que se han visto simples y triviales en un mundo que parece acostumbrarse cada vez más a la locura.

A Jack no lo volví a ver jamás.

J. R.

“10. Y él dijo: ¿qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra . . .”

“12. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza: errante y extranjero serás en la tierra.

“13. Y dijo Caín a Jehová: grande es mi iniquidad para ser perdonada.

“14. He aquí que me echas hoy de la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé; y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará.”

*Génesis*

La luz del sol terminó por adueñarse de la atmósfera entera dejándose caer hasta el último de los rincones. Era lo que Jack esperaba e inevitablemente se echó a caminar a través de las calles de Tijuana; las manos, sin saber qué hacer con ellas, dentro de los bolsillos del pantalón.

Hombres, niños, mujeres, objetos, anuncios, salieron de todas partes en derredor de Jack, tocándolo, envolviéndolo en su red sustantiva, a cada momento más vivos y más reales.

Jack experimentó unos deseos enormes de gritar y para no hacerlo se detuvo con las espaldas apoyadas en el muro de una casa, jadeante, fatigado, la expresión llena de asombro. Tenía un miedo muy preciso, concreto.

“Las manos”, pensó. Era preciso no tenerlas en la bolsa; nadie las llevaba así, ninguno de estos seres reales llevaba las manos en la bolsa. Las sacó pero al mismo tiempo se dijo que tenía que hacer lo contrario y volvió a guardarlas y sacarlas, tontamente, algunas veces.

Un dulce vértigo atroz hacía girar su cerebro en círculos que se iban estrechando hasta hacerlo cerrar los párpados, sin la menor voluntad de seguir.

“Debe ser el sueño —pensó—, debe ser que todavía no estoy bien despierto.” Hizo un esfuerzo y

sus ojos se abrieron nuevamente. Echó a caminar otra vez.

A su lado advertía las fachadas de las casas, sin ninguna característica notable, de madera unas y otras de ladrillo rojo, con letreros en lo alto de sus puertas y grandes reclamos en las azoteas.

Los colores venían a su encuentro para desaparecer en seguida, mediante un esguince imperceptible, a través de un ángulo de sus ojos. Verdes, azules, anaranjados, con letras, con la sonrisa seductora de alguna muchacha o sus muslos incitantes, con modelos de los automóviles más recientes o cajetillas de cigarros, en una sucesión interminable y carente de sentido.

Éste debía ser el distrito comercial de Tijuana, se dijo Jack. Una ciudad desconocida del todo para él. Tiendas, farmacias, cantinas, al estilo del Far West, que daban la impresión de no tener nada por detrás, en efecto como los escenarios de una película del oeste.

De pronto Jack sintió que estaba, sin duda alguna, dentro de un mundo absolutamente espantoso. Bien, era preciso explicarse: un mundo normal, tranquilo, lógico, el mundo de todos los días, el mundo de las amas de casa, de los joviales empleados de comercio, de los vendedores de legumbres, nada que pudiera llamar la atención de nadie, cada cosa en su sitio dentro del orden establecido, pero un mundo horrible y aterrador.

Un mundo donde todos eran cómplices de algo y donde el menor acto, el más insignificante y menudo de los movimientos y acciones, estaba destinado a disimular la verdadera y pavorosa condición de cada uno. Todo lo que hacían era una mentira al servicio de alguna maquinación incomprensible en la que participaba hasta el transeúnte más inofen-

sivo, una maquinación de la que nadie pretendía saber nada, pero de la cual todos eran una especie de concupiscentes y secretos inversionistas, aun cuando intentaran absolverse entre sí con una turbia mirada de complacencia que iluminaba bajamente su rostro.

Ante los ojos de Jack aquello cobró un aspecto alucinante, y las palabras “distrito comercial” adquirieron una significación poco a poco siniestra y amenazadora. “Debe ser el sueño”, volvió a repetirse. Cuatro noches sin dormir, después de haber cruzado subrepticamente la frontera, debían tener su efecto.

Pero no; estaba seguro de que no era el sueño. Había en las gentes un aire sospechoso, una actitud furtiva y escurridiza, como si trataran de darle a todo un doble sentido, una intención oculta, pero evidentemente muy diáfana entre ellas. Estos hombres, estos negociantes, debían ser miembros de una sociedad secreta que les garantizaba la impunidad respecto a ciertas maniobras sucias en las que habrían participado, pues todos se comportaban con naturalidad, sin miedo, haciendo alarde entre sí de esa confianza insolente y desconsiderada de quienes ya se han puesto previamente de acuerdo con un malicioso guiño de ojos.

Jack tenía la impresión de haber penetrado en un lugar prohibido, un garito o un fumadero de opio, donde nadie se había dado cuenta de que era un extraño y por eso lo miraban con el disimulo perspicaz y levemente cínico con el que se considera a un iniciado. Pero esto tal vez no pudiera durar mucho si alguien entraba en sospechas y le reclamaba, exigiéndole decir el santo y seña que le habrían permitido colarse hasta el interior de este *sancta sanctorum* infernal. Jack hubiera deseado escapar,